

AFIRMACIÓN DE LA TRASCENDENCIA

Jorge Yarce

“Crisis En La Sociedad Siglo XXI (Cap.16)

Hablaré aquí de la trascendencia en su sentido más fuerte, como afirmación de la existencia de Dios, no sólo en el sentido de la afirmación de los otros, tema tratado en otro capítulo de este libro. Se trata de un punto relacionado frecuentemente, y con razón, con otros temas del mismo que giran en torno a él.

No tengo la pretensión de ofrecer en estas líneas tratarlos todos, sino la intención de exponer la forma como yo mismo me los he planteado a lo largo de los años y como creo que puede ayudar a otras personas a reflexionar en torno al tema. El lector podría decirme que todos partimos de unos supuestos de implícitos para hablar del tema.

Tendría que responder que inevitablemente es así, por muchos esfuerzos que uno haga por no tener puntos de referencia demasiado concretos. Pero eso no quita validez a lo que pensamos. Más bien esos supuestos denotan no sólo unos conocimientos, sino tal vez unas convicciones y una vivencia muy arraigada que, en cierta medida, es más fuerte que nosotros mismos y que necesariamente aflora al tocar estas cuestiones.

No se trata de un solo tema, sino de varios entrelazados: trascendencia, Dios, muerte, espíritu, inmortalidad, eternidad, conciencia, inmaterialidad, subjetividad, libertad, infinitud, reflexión, interioridad, mal, ultratemporalidad... Todos ellos están conllevan cierto enigma o misterio. Son temas situados en la frontera de la vida, inevitables porque parecen surgir del ser del hombre como parte de su condición. Pero no se plantean como los problemas típicos de la ciencia: la aceleración, la gravedad, la relatividad, etc. En estos hay una mayor claridad, unas hipótesis y unas verdades científicas establecidas a lo largo de los años.

Aquellos permanecen siempre en una especie de penumbra que toca a cada persona tratar de desvelar y de sacar el

concreto significado para su existencia. En cierta manera escapan a una visión simplemente natural del ser del hombre y nos impulsan más allá, nos permiten entrever que su ser tiene una característica peculiar: que se puede plantear estas cosas, que es el único que puede volver sobre sí mismo - conciencia- y tocar temas que no tiene que ver con su corporalidad sino con algo que la trasciende. Es lo que siempre se ha denominado como principio inmaterial o espiritual, en el que parece radicar esa capacidad de volver sobre sí mismo y de plantearse el sentido de la vida.

No podemos decir que el problema de Dios sea un problema al estilo de los problemas de la ciencia, ni tampoco reducirlo a ser un problema del corazón o de la cabeza. Si fuera un “problema”, lo podríamos acotar en unas premisas y aplicarle el método científico. Intentamos con el método filosófico y tampoco lo que logramos nos da tranquilidad plena, aunque aplicado con rigor puede conducirle a plantearse la pregunta por un principio o fundamento del universo y de la vida humana, prescindiendo de lo que conoce por la religión.

Lo que sí podemos hacer, y así lo han hecho grandes filósofos y personas comunes y corrientes, es pensar en Dios y tratar de entender por qué el hombre es capaz de hacerse esa pregunta y de intentar responderla afirmativamente. Es decir, que el ser humano no se está haciendo una pregunta absurda, contradictoria con las leyes de su existencia. Todo parece indicar que es una pregunta acorde con su dignidad, con la capacidad de su intelecto. De ahí que los primeros cristianos dijeran que el hombre era un ser “capaz de Dios” (*capax Dei*), o sea, que puede descubrir a Dios con la fuerza de su raciocinio.

Podríamos decir que el dilema es escoger entre el azar, la suerte, la abstención, o Dios. En caso de duda, de tener que resolver ese dilema, yo me quedo con Dios. Dar la espalda siempre es más fácil que hacer

frente. Hoy en día pululan las posturas agnósticas, puesto que el ateísmo ya no está de moda, en las que ni se afirma ni se niega, o si se afirma se dice que no podemos conocer su existencia.

“El agnóstico –dice Ortega y Gasset- es un órgano de percepción acomodado exclusivamente a lo inmediato”. Tiene que ver mucho con el empirismo y con el materialismo imperante en la sociedad, y con la discusión sobre el mal relatada en la anécdota del comienzo: si existe el mal, no es posible admitir que exista Dios, o si existe y no lo suprime, entonces no es un Dios bueno.

El afán de seguridad y de bienestar material que prima, el huir del dolor y de la muerte, son cosas muy propias para evitar salidas “inconvenientes” que nos llevarían a buscar en Dios el responsable de esos males y a aceptar y vivir esas realidades de otro modo. Hasta tal punto de que algunos no creen en él pero si lo hacen responsable de esas cosas.

Por eso, alguien ha dicho que el ateísmo de hoy no es no creer en Dios, sino creer en cualquier cosa. De lo contrario se cae en las ingenuidades de seguir preguntándose por qué el cirujano no encuentra el alma al abrir a un paciente o por qué en el paseo espacial el astronauta no vio a Dios por ninguna parte. Dios no puede ser objeto de un enfoque utilitarista porque enseguida se le rebaja como si fuera un objeto de consumo necesario para la vida humana, entendido en función de ella y no al revés. Pero tampoco se trata de convertir a Dios en un enredo o en un ser mítico.

Los mitos son algo completamente distinto (símbolos o representaciones anticipadas de lo que puede ser la muerte o el más allá del hombre, para tratar de entender lo que es o lo que le pasa). Dios se presenta a los ojos humanos no como una representación, sino como la superación de todas las representaciones simbólicas, como un ser personal que entra en diálogo con el hombre. Tampoco Dios está a la mano, en cuanto podamos tratarlo como se tratan los acontecimientos humanos, aportando evidencias, como si se tratara de una investigación judicial. No es éste el momento

de hablar de las diferentes argumentaciones que en el plano de la filosofía y a lo largo de los siglos se han propuesto como caminos para demostrar que la razón humana puede llegar por sí sola a la existencia de Dios.

Quisiera más bien, sin ánimo polémico, señalar que hay argumentos históricos, culturales, psicológicos y éticos expresados por filósofos y científicos indicando que por esos caminos se llega a Dios, que tal vez no sean esos los caminos de la inmensa mayoría de las personas. Pero de ahí a reducir el asunto y pensar que sólo la fe nos lleva a El, es una forma de rebajar la capacidad de la razón humana.

Significados de la trascendencia

Trascendencia significa etimológicamente cruzar más allá, al otro lado, ir más allá del horizonte. En el lenguaje corriente algo tiene trascendencia porque tiene cierta importancia. Decimos que hay que dar trascendencia al trabajo que hacemos, para significar que no se debe quedar simplemente en los resultados materiales, económicos, psicológicos o intelectuales de lo que hacemos, porque pensamos que ese algo tiene que ir más allá, debe estar dotado de una significación, de un sentido que supera todas aquellas significaciones.

Se dice, por ejemplo, que el trabajo tiene una trascendencia social para indicar que repercute en la familia, en un grupo social determinado o en la sociedad entera. No sólo que tiene importancia para el individuo sino que sus efectos van mucho más allá de la persona que lo realiza. Cuando algo trasciende es porque va más allá de nosotros mismos, nos lleva fuera de nosotros mismos, en cierto modo nos saca de nuestra propia subjetividad.

En otro nivel distinto al anterior, podemos hablar de trascendencia en la actividad de la inteligencia, en el conocimiento, o en la actividad de la voluntad, en el querer. Precisamente porque trascienden, esas operaciones no se quedan en el sujeto que conoce o que quiere, o en el objeto conocido sino que van siempre a más.

En realidad conocer es conocer, conocer, conocer...que trasciende a lo conocido, y

querer es siempre querer, querer, querer, que trasciende a lo querido. Son actividades dirigidas a lo que está fuera de él, a las cosas, o a las otras personas. Lo que trasciende se opone a lo que permanece en uno, a lo inmanente.

A veces se habla de ciertos conceptos trascendentales, propios de todo ser, como la verdad, la belleza y la bondad. Trascienden a un ser en concreto y se pueden aplicar a todos. También cuando se habla de la trascendentalidad del conocimiento respecto del objeto, o de éste en cuanto trasciende al sujeto. Pero se trata de discusiones propias de la filosofía, con términos que sería necesario explicar cuidadosamente. Lo que quiero señalar es que la trascendencia puede ser tratada a diferentes niveles.

Me interesa aquí destacar que la trascendencia la aplicamos a cosas que se ocultan a nuestros ojos o a nuestra inteligencia, que no podemos comprender fácilmente, que no son conocidas como lo son la mayoría de las demás cosas, pues permanecen ocultas en cierto modo, escondidas.

Es lo que pasa con ciertos enigmas de la naturaleza, con el origen de la vida o del universo, por ejemplo, pero que también ocurre con el sentido de la vida o de la libertad humana, con los deseos que hay en el corazón humano de ir más allá, de superar las barreras del tiempo, de tratar de aventurarse en el futuro incierto, o de querer vivir siempre y permanecer por encima del tiempo.

Ahí la trascendencia se acerca a lo que podemos llamar el misterio, lo escondido profundo, lo que puede dar razón de nosotros mismos pero que no es completamente accesible a la vista y al conocimiento racional, incluso al corazón o a los sentimientos. No lo entendemos de entrada, no podemos abarcarlo, no depende de nosotros mismos.

El misterio que nos ronda

Tenemos experiencias en lo humano, como huellas cercanas del misterio, que nos dan pistas de que hay algo más: por ejemplo cuando alguien nos quiere de verdad y se

separa de nosotros, queda una presencia mensajera que nos habla y nos dice que, a pesar de las barreras del espacio y del tiempo, esa persona vive en nosotros.

Lo cual ocurre también en la separación física definitiva, o cuando una madre espera un hijo tiene, que tiene la vivencia de lo desconocido, de lo que la trasciende porque es otra vida a la que ella ha concurrido pero que la supera misteriosamente.

Nadie nos puede arrebatarse ese ser, y en el colmo de la desesperación a veces alcanzamos a exclamar que "Dios nos ha arrebatado a esa persona", la ha llamado, según nuestros criterios, cuando no tocaba, cuando no esperábamos o cuando tenía toda la vida por delante.

Ahí dejamos entrever que acudimos a alguien que nos trasciende completamente y que dispone de la vida porque la ha dado primero. Pero, igualmente, la vivencia del amor auténtico nos lleva a comprobar la afirmación de que "el amor es más fuerte que la muerte", porque así lo sentimos y así lo refrenda la experiencia de personas que se han querido profundamente y que la separación de la muerte les lleva a permanecer amándose. La trascendencia es dimensión de la vida humana, pero no se reduce a ella. Otra forma de experimentarla es, por ejemplo, la vivencia del dolor. No lo sabemos explicar claramente, pero lo sentimos profundamente.

La muerte es como una categoría suprema de la experiencia del dolor. Cuando alguien se muere, decía Unamuno, en realidad "se nos muere", representa un desgarramiento de nuestro ser, sobre todo si se trata de una persona querida, de una persona que está en la esfera de nuestra intimidad.

En la muerte, la trascendencia está llamando a nuestra puerta de una manera singular, muy especial. No sólo si se trata de la muerte de los otros, también de la nuestra, cuando pensamos lo que significa, el horizonte a que nos abre o la cerrazón que se nos echa encima.

Ahí, aunque no lo quisiéramos, estamos siendo confrontados por la trascendencia, por el sentido último de la vida, por la razón final

de la felicidad, por el significado definitivo del amor, por la explicación consistente de la justicia, por la comprensión del destino, por la justificación del dolor o por la razón de ser del mal.

Son realidades enigmáticas, misteriosas que sacuden nuestra existencia, que nos hacen ver la vida en serio y que sólo se pueden responder desde el espíritu. La trascendencia y lo espiritual están hechos la una para el otro. Sólo la fuerza del espíritu humano puede acercarse a la trascendencia y tratar de entenderla. Además, el ser humano es el único entre los seres que puede conocer y darse cuenta de lo que le trasciende. Las personas se dan cuenta que su ser no se agota en sí mismas, que ser persona es, de alguna manera, tender un puente al infinito.

Querer vivir siempre

El ser humano está hecho para trascender, para no quedarse en lo que es, sino para ir más allá, para buscar una plenitud que está en él pero, a la vez, fuera de él. Hay algo en él que se resiste a morir y que le impulsa a querer vivir siempre, a pesar de la ineludible muerte que lo acecha y que llegará un día. Parece una tremenda contradicción pero no lo es. Forma parte de la complejidad de su ser esa aparente contradicción y el tratar de resolver los interrogantes vitales a los que lleva. No hace falta ser filósofo.

Esa es una cita inevitable de toda persona, tarde o temprano en su vida, a veces a raíz de acontecimientos dolorosos y otras, de repente a raíz de acontecimientos elementales, sin ninguna apariencia de extraordinarios, ni provocados por nadie desde fuera. Es como si el corazón no aguantara más y estallara pidiendo una explicación.

Todo esto ocurre precisamente porque hay en la persona un núcleo espiritual que pervive, un afán de inmortalidad que tiene una razón de ser, su propia alma que no corre la suerte del cuerpo que se disuelve en sus elementos físicos. El hecho de que la persona conozca a través de ideas constituye una pista para entender que sólo el ser humano es capaz de percibir lo que trasciende a la materia, y que no puede ser

material, pues sería imposible que pudiera captar lo inmaterial, como las ideas, o como la verdad, que coloca al ser humano frente a algo de carácter absoluto.

Ahí es donde reside la causa de esos misterios, de esas realidades no conocidas completamente, de ese algo escondido que mantiene en vilo al hombre. Es porque su espíritu es inmortal, tiene una estructura que no se puede descifrar del todo, porque su entraña no es material.

Es la conciencia la que certifica esa situación, ese querer sustraerse de la ley de la mortalidad, que sólo es posible desde algo que no es mortal. De lo contrario el hombre no se preguntaría nada sobre la trascendencia. Si todo termina con la muerte, entonces la vida pierde su sentido. Es como si se pasara una segadora que corta de un tajo la felicidad y el amor, todo aquello por lo cual vivimos y por lo cual estamos incluso dispuestos a morir con tal de no perderlo.

Si todo acaba ahí, si deja de tener sentido, la vida no sería más que una gran estafa, estaríamos corriendo toda una vida tras del más inútil de los ideales. Pero no hay tal estafa porque el único ser capaz de plantearse este dilema (o muerte o inmortalidad) somos nosotros. No sabríamos tampoco dar razón de la libertad, que hace posible que demos respuestas en uno u otro sentido, que escojamos uno u otro camino, incluso al margen de Dios.

Está claro, como dice Escrivá, que "Dios ha querido correr el riesgo de nuestra libertad", y no parece que quisiera arrepentirse de habernos concedido ese don que hace posible los demás dones en nuestra vida.

Nos podemos plantear todos esos interrogantes porque somos libres y porque en nosotros hay algo que es inmaterial que hace posible que soñemos, que busquemos la felicidad, que sintamos la incertidumbre del amor y de la muerte, que pensemos, que queramos, que ejerzamos unas potencias espirituales que poseen una intencionalidad que atraviesa el tiempo y va más allá del tiempo.

Por eso la experiencia de la muerte, de los demás y la propia, es un drama tan fuerte para el hombre porque se ponen en máxima

tensión y ruptura el fundamento espiritual y el material. Se necesitan el uno al otro, y no quieren vivir separados el uno del otro, pero cuando llega la inevitable separación del cuerpo, el alma se resiste a quedarse sola aunque sea capaz de sobrevivir al cuerpo, porque ya no estará en un ser completo, sino sólo en su espíritu.

Trascendencia absoluta

La trascendencia de la que hemos venido hablando ya no es sólo la trascendencia en cuanto importancia sobresaliente que se quiere dar a algo o el dinamismo propio del conocimiento y del querer humano, que remiten al sujeto, o la presencia de esas realidades enigmáticas a las que se enfrenta el ser humano desde su espíritu y que tienden a sacarlo de sí mismo, a ponerlo fuera del tiempo porque en el fondo él tienen en sí mismo una fuerza espiritual que lo lleva a pervivir más allá del tiempo.

Aquí ya está cercano otro significado de la trascendencia: la manifestación de un otro absoluto, un principio fundamentador de la existencia humana, una causa o principio supremo al que llamamos Dios. Entonces surge la trascendencia como afirmación de la relación con ese Otro que da cuenta de la existencia de la vida humana y está en una relación directa con su sentido, con su felicidad, con la razón de ser del amor, del dolor, de la muerte, de la justicia o del mal.

Todas los demás tipos de trascendencia son formas de una trascendencia relativa, referidas al propio sujeto, a las cosas o a las demás persona. Y relativas frente a la única trascendencia absoluta. Por ejemplo, cuando se dice que para una persona el trabajo tiene una trascendencia espiritual porque acerca a Dios, porque trabajando la persona cumple un designio de alguien que lo puso en el mundo para que lo trabajara y lo dignificara, porque es participación, en cierto modo, del poder creador de Dios.

Ya estamos en un plano diferente de aquel en que nos movíamos antes. Estamos ahora dando por supuesta la trascendencia absoluta, afirmando ese Otro distinto completamente de nosotros, que excede nuestros límites naturales, de ahí que podamos decir que el plano ya no es

solamente natural sino sobrenatural. En el ejemplo se conecta la actividad humana con un plano distinto y superior pero complementario, el de la fe en Dios.

En este plano es el propio de la religión, como esa relación real ("religación" literalmente hablando), no simplemente imaginaria, del hombre con Dios, que se descubre en la vida humana y que no necesariamente depende de una fe religiosa previamente aceptada o recibida.

A ella se llega de muchos modos, bien sea por explicaciones racionales que permiten descubrirla, bien por la mirada sobre el sentido de la propia vida, bien por la experiencia de otras personas. Podríamos decir que por distintos caminos el ser humano llega a una religiosidad a través de la cual descubre la trascendencia absoluta (la del Otro) en su vida.

Incluso se habla de una religiosidad natural que se da en muchísimas personas prescindiendo de su vinculación explícita con una religión. Para mucha gente es como un paso previo, un hallazgo que sobreviene sin pensarlo mucho, o como fruto de una búsqueda más o menos intelectual. Pero también puede llegar, inicial o complementariamente, a aquel descubrimiento por la fe religiosa explícita que se le comunica a través de un sistema de creencias que proceden no de su razón sino de una fe revelada, manifestada por Dios mismo y conocida a través de otros creyentes, que es el conducto normal para que tenga lugar ese conocimiento.

O, en otros casos, porque se trata de la fe religiosa recibida de los padres en la familia, sin preguntarle al interesado puesto que no está en condiciones de hacerse cuando se trata del comienzo de una vida. Así como se le da el alimento físico, se le entrega el alimento espiritual, que no tiene por qué hacerle daño. Otra cosa es que esa persona asuma con racionalidad y libertad la aceptación de ese legado conforme crece en la vida.

Todo eso lleva al ser humano a un comportamiento y a unas manifestaciones que constituyen formas de diálogo, de entrar en contacto con Dios, que se le presentan

como un llamado libre al que debe responder, en el fondo, sólo desde su propia interioridad. Todos los hábitos y creencias que la persona ha recibido, y que procura vivir y entender, no le bastan por sí mismas, aunque representen un bien espiritual.

Todo ello adquiere un sentido pleno cuando desde su intimidad se abre, libre y conscientemente, a esa realidad trascendente, al Otro absoluto que es, a su vez, Amor, desde el cual y para el cual, conecta todas las demás realidades de su vida, que adquieren una nueva dimensión, una luz que penetra hondamente todos sus actos, dando también razón de su comportamiento moral y reforzando los valores éticos que la persona cultiva.

¿Ser-para-la-muerte?

La trascendencia nos desvela el sentido de la muerte. Por eso, creo conveniente detenerme aquí en estas reflexiones, para ver cómo la muerte nos abre a la trascendencia y cómo desde la trascendencia, desde Dios como el trascendente absoluto, se clarifica el sentido de la muerte.

No es que se aclare todo, pero sí se comprenden ciertas tensiones, ciertas incertidumbres y, sobre todo, ciertos interrogantes que la persona se hace a raíz del pensamiento de la muerte o de la consideración de la muerte de los demás, cuando tiene ocasión de experimentarla.

La muerte está muy desprestigiada en el mundo como tema de reflexión o discusión. Nadie se atreve a negarla, a pensar que un día le llegará, pero nadie da un peso por ella, como si fuera algo inútil, de lo que no hay que hablar porque hacerlo es mala educación. Sin embargo hay gente importante haciéndonos caer en cuenta de su valor.

Uno de ellos Steve Jobs, el fundador de Apple, en su famoso discurso a los estudiantes de Stanford en junio del 2005: “Recordar que moriré pronto es la herramienta más importante que haya encontrado alguna vez para ayudarme a tomar las grandes decisiones en mi vida. Porque casi todas – las expectativas

externas, el orgullo, el temor de la vergüenza o del fracaso – estas cosas desaparecen con la muerte, dejando solo lo que es realmente importante. Recordar que vas a morir es la mejor forma que conozco para evitar la trampa de pensar que tienes algo que perder. Ya estas desnudo. No hay razón para no seguir tu corazón.

Nadie quiere morir. Aun cuando las personas quieren ir al cielo no quieren morir para ir allá. Y la muerte es el destino que todos compartimos. Nadie se ha escapado de ella alguna vez. Y es como debería ser, porque la muerte es muy probablemente la mejor invención de la vida. Es el agente que cambia la vida. Limpia lo viejo para dar vía a lo nuevo. Ahora mismo, lo nuevo eres tú, pero algún día no muy lejos de ahora, llegarás a ser gradualmente el viejo y serás apartado. Disculpen por ser tan dramático, pero es la pura verdad”.

Si lo dice un filósofo o un predicador, el tema pasa de largo. Pero que lo diga una figura contemporánea del mundo de la tecnología y los negocios, tiene una fuerza especial. Y que lo diga a raíz de la graduación de unos jóvenes que están comenzando su vida, tiene un relieve notorio porque, sin quererlo, les está aguando la fiesta, en un sentido, porque no se lo esperaban, viniendo sobre todo del inventor del Ipod, que llevan pegado a sus orejas buena parte del día.

Pero en otro sentido, les está haciendo el mejor de los regalos, les hace el favor de hacerlos pensar en las realidades importantes de la vida, de las cuales no les hablan ni mucho ni poco en la universidad. Y las palabras que acompañaron a las anteriores son prueba clara de que no quería aguarles la fiesta sino pensar con realismo en su futuro:

“Tu tiempo es limitado, por eso no lo desperdicias viviendo la vida de alguien diferente. No te dejes atrapar por el dogma – que es vivir con los resultados del pensamiento de otras personas. No permitas que las opiniones de los otros ahoguen tu propia voz interior. Y lo más importante, ten la valentía para seguir tu corazón y tu intuición. Ellos de alguna manera ya saben lo que tú realmente quieres llegar a ser. Todo lo demás es secundario”.

Un doble panorama

Normalmente, se presenta la muerte como fin, como término o acabamiento, de ahí su sentido negativo. Un poco su carácter de tema para causar sustos. Pero eso sólo es un punto de vista. Si el ser humano es espiritual e inmaterial, si tiene un principio de inmortalidad corroborado por su anhelo de vivir siempre y por la fe que le dice que su destino no termina allí, el panorama puede ser diferente.

La muerte, como lo insinuaba Jobs, es parte y parte importante de la vida, no el final de la vida. No es un muro que taponen la existencia. Es un límite superable, cuando se acepta la inmortalidad. Lo que pasa es que cuando pensamos que no tenemos más que cuerpo, éste se disuelve con la muerte, y se pierde la vida.

Pero si la vida está animada por un principio superior al cuerpo que está presente en todo él, la vida no se pierde, no desaparece. Reducir la muerte humana a la muerte del cuerpo es empobrecer la vida y su sentido trascendente. Esa muerte es sólo muerte del cuerpo porque el alma es principio de vida y creada para vivir siempre, para perdurar más allá del tiempo, fuera del tiempo, en ese otro tipo de duración que llamamos eternidad.

Quienes no aceptan un destino trascendente en el hombre lo conciben como un "ser para la muerte", una posibilidad última, en la que la muerte es el cierre de la existencia temporal, dos términos que a partir de ese momento carecen de sentido. Pero, podríamos decir, que se vive para la muerte cuando se muere para la vida, para el destino trascendente más allá de la vida corporal, en lo que hay que tratar de profundizar un poco más.

Vista así, en esos últimos términos, la muerte tiene influjo sobre la vida, rebota sobre la vida misma fortaleciendo su sentido. Esto, para los cristianos, por ejemplo, tiene un sentido todavía más profundo. El bautismo "consagra" a la muerte, porque en él, según la teología, se nace, se muere y se resucita con Cristo. Es como una puerta de entrada que pone en contacto con todas esas realidades por anticipado.

Significa que sin fe, sin proyección a la Vida, se tiene mayor riesgo de estar sometido al poder de la muerte destructora y aniquiladora. Pero, a partir de ahí cambia de "ser para la muerte" a "ser vida para la Vida". La fe libra de una vida puramente terrena, que lleva a la muerte sin más. Para el cristiano, a partir del bautismo, su vida cuenta además, con la muerte de Cristo, haciéndola suya de alguna forma, para poder vivir, para poseer el espíritu vivificante.

Por eso no es extraño que se diga que en el bautismo somos "consepultados" (San Pablo) con Cristo, lo cual implica la "con-crucifixión" con él mismo, para a la larga, resucitar con Él, lo cual quiere decir que hay una superación de la vida corporal mortal y se recupera esa vida con otro carácter, no por las propias fuerzas humanas sino por una gracia superior, pro la cual se siembra en el hombre esa tremenda aspiración que encierra la esperanza...

Vivir muriendo y morir viviendo

La muerte es un misterio, que los latinos traducen del griego por la palabra "sacramentum" (sacramento). Es que en cierto sentido la muerte es como el gran sacramento que sella la vida y, a su vez, la abre a lo escondido más allá (misterio), a lo que no nos es accesible de modo completo, que sólo podemos vislumbrarlo con palabras balbucientes e inexactas.

Como se comentó antes, la muerte es una especie de "consagración" del hombre, de unción que lo marca para que desde una vida mortal encuentre la perspectiva de la inmortalidad que está en él mismo como principio de vida.

La muerte adquiere un sentido positivo si penetra en la vida como un gran río que desemboca en el mar y sus aguas van muy adentro de él. Ya en la vida, en medio de la vida, estamos en medio de la muerte. Por un lado estamos afectados de una muerte corporal progresiva y, por otra, en un sentido espiritual, debemos morir a una vida demasiado terrenal, elevándonos con las alas de la trascendencia.

San Pablo recomienda “morir cada día”, como quien dice, para que la muerte no nos sorprenda de un solo golpe, sin preparación alguna. En cambio, si me he desprendido poco a poco de la vida, me encontraré con algo esperado y el paso será menos difícil, aunque siempre será difícil. Expresado con otras palabras: conviene morir viviendo y vivir muriendo.

Morir viviendo porque muere quien debe morir, el cuerpo, y vive quien ya empezó a vivir con el cuerpo, el espíritu. Vivir muriendo, porque la vida física se acaba y la vida en su sentido completo exige la muerte de todo monopolio de lo corporal sobre la existencia, de modo que con la muerte paulatina citada antes, se van eliminando los obstáculos para que el espíritu fecunde la vida.

Sólo una muerte que se presenta como un muro intraspasable hace perder sentido a la vida. Esta tenderá a resolverse en sí misma, endureciendo a la larga su entorno con una costra de angustia que impide los destellos de luz de la muerte sobre la vida. Se vuelve amarga (“¡O muerte cuan amargo es tu recuerdo!” dice la Biblia) y se convierte como en un taladro de la existencia, dejando la vida en una horizontalidad monótona.

Entonces la muerte se ridiculiza, se minimiza, se torna un tema desagradable y hasta peligroso. Por el contrario, si la muerte es parte del flujo de la vida, acaba por protegerla y defenderla. Deja de ser un absurdo al que está sometida la vida y se supera el encerramiento total del ser, cuando se abre a la trascendencia de Dios.

“Nuestras vidas son los ríos que van a la mar que es el morir...” (Jorge Manrique). Ríos, caudales estancados o torrentosos, mansos o turbulentos, todos caen al mar. Allí se acaba el tiempo, porque es el más allá, que no se puede medir desde acá aunque se intente mirar.

El problema está en que el otro lado o el más allá sólo lo puedo alcanzar desde más acá, a través de esos ríos de minutos y de segundos, irrepetibles e irremplazables, que fluyen y se desgranán en los relojes, que desembocan en la muerte. Luego, no habrá más tiempo, es decir ya no contaremos con eso con lo que hemos contado

inseparablemente en la vida. Y hay que responder por cada minuto y por cada segundo.

De ahí que sea importante pensar en el valor del tiempo, no sólo de cara a la muerte, sino de cara a la vida. No podemos desperdiciarlo, malgastarlo sino considerar que “el tiempo es oro”.

De la soledad al complemento

Otro aspecto de la muerte es la soledad, relacionado también con la trascendencia. La muerte es la soledad más radical. Los demás no mueren conmigo, son sólo testigos mudos de algo que no entienden a fondo.

La muerte de los otros no me enseña a morir pero si me enseña cosas de la muerte. Sobre todo si son seres a los que amo, no a *los que amaba*, porque esto sería declararse en pérdida total.

Ahí queda la fidelidad, la donación, la promesa de eternidad, imborrable, inacabable, a través de la cual las persona amada permanece en uno. Si considero que la perdí para siempre, es que en realidad no la amaba y su recuerdo queda reducido a una fotografía que se desvanece con el tiempo, muy distinto de la imagen que se graba en el corazón de quien ha vivido en comunión con ella.

Por eso la presencia del ser amado es perenne y adquiere sentido más profundo todavía a través de la fe en Dios: es el tú de Dios el que da consistencia al nosotros del amor. Así se sobrepasa la soledad de la muerte, se trasciende cuando están presentes los demás en nuestra vida, cuando está presente Dios. Si hay verdadero amor, si hay comunión, si hay vida del espíritu que se comparte, la muerte no romperá nada definitivamente, será sólo soledad física porque hay comunión de las personas para siempre.

La muerte es un complemento del ser, en sentido perfectivo, aunque se halle en una zona velada a toda comprobación. Es como un caparazón misterioso que recubre al ser, lo cierra y termina pero, a la vez, proyecta sobre él una luz que nos descubre aspectos valiosos de la existencia.

La muerte ilumina el camino y nuestros ojos recogen parte de su brillo de aquella luz y se proyectan en la trascendencia personal. Ese brillo, que es propio de los ojos de la juventud, tiene aquí un significado. Se necesita juventud interior para entender la muerte, para aceptarla, para comprender que cuando ella llega, empezamos a vivir de otra manera.

Ante la muerte no se puede envejecer, hay que esperarla con el alma joven. Es muy triste ver a alguien envejecer corporal y espiritualmente: su ser se apaga, sus ojos no brillan, ni alumbra con su mirada. Es una muerte en la que no hay alegría porque se está perdiendo la vida.

Si hay alegría es porque se vive y se continuará viviendo, ya sin el tiempo, es el inicio de la verdadera juventud...Es la hora de la partida, pero no de una partida triste, de modo que cuando llegue de verdad la muerte, resulta que ya estamos en camino, en alta mar, ya estamos preparados, porque habiendo partido desde antes, la meta estará más cercana.

“La muerte de los jóvenes es como apagar con muchas aguas una fuerte llama. Los viejos, en cambio, mueren como se consume un fuego: solo, despacio, sin necesidad del agua”. Cuando el corazón es perennemente joven, la vida es una llama que permite ver el brillo de los ojos, la luz que alumbra otra luz, la proyectada por la muerte.

La juventud del alma no se puede perder porque con ella se perdería la razón de vivir. En la juventud de los años se germina la otra, la que es para siempre, que se va alcanzando y renovando poco a poco en la madurez.

No importa que la llama de una vida espiritualmente joven esté encerrada en un cuerpo viejo -no hay que olvidar en nuestro tiempo tantos cuerpos jóvenes que ya están envejecidos, jubilados de la vida, por la droga o por otros excesos- porque que para apagar esa vida hace falta mucha fuerza.

Es como si la muerte se resistiera, quisiera combatir, aunque a la larga tendrá que contentarse con el dolor y las lágrimas de la

separación porque la vida, el espíritu, sigue, la vida triunfa.

La muerte ha sido rodeada de un romanticismo de puestas de sol, ojos lánguidos y llorosos, como si se tratara del paraíso perdido. En el fondo es resultado de querer erigir el cielo en la tierra, de aferrarse con ansias a la finitud del cuerpo que engañosamente es vista como infinitud. Se trataría de una vida que se resuelve en sí misma, que se cansa y se agota buscando una felicidad donde no puede haberla, una juventud donde al final sólo hay vejez.

No hay que usar máscaras para describir el drama de la muerte y el contrapeso que ofrece la inmortalidad del espíritu. Desde éste hay que purificar la existencia e impedir que la temporalidad nos cierre el paso y nos quedemos en el hombre plenamente terreno. A eso se deben muchas angustias hoy en día porque se opaca el espíritu, se pierde el horizonte, se olvida la trascendencia.

El hombre acorralado se hunde en la angustia que lo conduce a la desesperación y al absurdo. La sin salida lleva algunos al suicidio, que es la manera más radical de no poder hacer nada más, de truncar el destino, de ceder el paso a la muerte como límite último.

Angustia al acecho

He dicho antes que lo opuesto a la trascendencia es la inmanencia, ese quedarse encerrado en los estrechos límites de la existencia corporal y del yo psicológico. Se puede caer en el nihilismo, en el ateísmo o en el agnosticismo que no toma partido por Dios ni lo niega. Esta angustia paraliza la vida humana y nos pone ante la muerte límite contra el cual se despedaza la existencia y choca toda posibilidad de sobrevivir, todo anhelo de inmortalidad.

Hay una angustia válida que es la que procede de la conciencia de ser limitados, de palpar la finitud de nuestra naturaleza, el sentirnos profundamente vulnerables, también por los errores y por lo que en la conciencia cristiana es la evidencia del pecado, que introduce la muerte a la vez que abre las puertas a la recuperación del hombre por Dios, porque reconocido y

confesado el pecado, la muerte deja de ser muerte del alma.

Lo que, en ese caso, podría ser una angustia de lo absurdo, se convierte en una angustia ante el mal, del ser afectado, del ser que necesita apoyarse en Otro, que nos da sentido porque va más allá de la muerte.

En la perspectiva cristiana nuestra muerte no es aniquilación porque es una muerte que cobra sentido por otra muerte, la de Cristo. La muerte corporal deja de ser barrera para ser liberación, porque El triunfó sobre la muerte. Hay vidas a las que acercándolas a este misterio, recobran su sentido, dejan de ser vidas perdidas, se curan por algo que las trasciende.

Hay muchas vidas fracasadas, perforadas por el rictus amargo de la muerte anticipada, a veces por la ruptura física que produce la enfermedad o por el drama psicológico de una patología de la personalidad. Pero siempre hay un poco de luz, posibilidad de recuperarlas, de infundirles nueva vida.

La esperanza de los caminantes

En el camino hacia la muerte, en el desenvolverse de la vida, en el ayudar a recuperar las vidas rotas, el ser humano necesita dónde apoyarse, sabe que su horizonte no es desértico, que espera algo que da sentido al seguir caminando en la existencia.

Es como un lucero que no puede apagarse porque andaríamos en la obscuridad por siempre, mientras buscamos esa plenitud que no llega aún. Esa es la esperanza, lo que nos sostiene como caminantes. No tener la plenitud no es algo puramente negativo, es una indicación de que tenemos posibilidades mientras dispongamos del tiempo para preparar nuestras alforjas para más allá del tiempo.

La vida humana es siempre estar en camino hacia algo, no en camino hacia ninguna parte. Es decir, tenemos un ideal, una meta desde el principio del camino, que consciente o inconscientemente influye en mantenernos en camino.

Llamémosla felicidad, proyecto de vida, ansias de perdurar. Es el intangible más importante de la vida aunque no está al alcance de la mano, ni es objeto de manipulación.

El hecho de que sea intangible no puede llevarnos a descuidarla o a pensar que está en desventaja con lo tangible que tanto nos preocupa. Recordemos que los bienes más valiosos de la vida tienen ese carácter: la libertad, el amor, la fe, la justicia, la amistad...

Pero con la mirada puesta en esa meta discurre la vida concreta, la realización personal diaria. No hay felicidad que esté sólo al final del camino. Si es verdadera felicidad de algún modo está a la base de toda pregunta por el sentido de nuestra vida. La felicidad del hombre está en llegar a ser lo que es, en el sentido de que ese "es" no le viene dado de una vez al nacer o al vivir.

Es búsqueda de plenitud, es aspirar a ser cada vez más hombre, más persona. Su existencia necesita un despliegue constante, un saber que debe perfeccionarse, completarse progresivamente. Debe ir siempre a más.

De ahí el constante dinamismo y el mantenerse en tensión permanente para poder conseguir el objetivo, el ideal. Pero los hombres somos conscientes de que la plenitud a la que aspiramos no es toda la plenitud posible, todo lo que puede encerrar la esperanza.

Vuelve y surge la necesidad de conectar la esperanza con la trascendencia absoluta, la de Otro, la de Dios como respuesta y fundamento último de toda esperanza humana.

La esperanza, en ese sentido, va unida a la invocación, a la llamada que desde el ser del hombre, ese ser que aguarda ahí su plenitud, llamada que es como un disparo al infinito en busca de ser oída, de ser atendida por Alguien que ha sembrado la raíz de esa esperanza en el corazón humano.